

# ASPECTOS PRAGMÁTICOS EN LA REFLEXIÓN TEÓRICO-LITERARIA DE FRANCISCO AYALA

RAÚL URBINA FONTURBEL  
*Universidad de Valladolid*

Es inevitable, a la hora de hablar sobre Francisco Ayala, destacar el hecho de que este autor reúne en su persona los oficios de escritor y ensayista. Esta doble condición le comporta la ventaja de no caer en puros devaneos teóricos a la hora de reflexionar sobre aspectos teóricos y críticos de la literatura, aspecto éste que ha de ser notado positivamente, habida cuenta de la abundancia de estudiosos que, irremisiblemente, caen en la más pura –y, sobre todo, estéril– abstracción, alejándose de la realidad de las obras literarias (1).

Teniendo en cuenta lo dicho, pasamos a examinar a continuación los aspectos pragmáticos de la reflexión teórico-literaria de Francisco Ayala. Tras la división de la Semiótica efectuada por Charles Morris (2), la Pragmática queda definida por éste como “la relación de los signos con sus intérpretes” (3). Toda reflexión que se atenga a la relación entre los tres componentes principales de la comunicación –emisor, mensaje y receptor– ha de ser calificada, pues, como pragmática. Por lo tanto, han de ser tenidas en cuenta como tal las reflexiones de Francisco Ayala en lo que toca a la literatura como comunicación y la importancia que concede al receptor.

Francisco Ayala tiene muy arraigada la idea de la literatura como comunicación. Ya en 1952 (Ayala, 1952) se mostraba partidario de esta concepción (4), si bien se muestra cauteloso para no exagerar los términos de la misma: el que la literatura sea una forma de comunicación no implica que el escritor tenga necesariamente que limitar y popularizar de manera trivial sus composiciones literarias (1952, p. 210). En un artículo de 1967, Francisco Ayala vuelve a recordar la importancia de la literatura como comunicación (1967, p. 142), y volverá a tenerlo presente en 1970 (Ayala, 1970, p. 22) y en 1978 (Ayala, 1978, p. 59).

Muy unida a la mentada concepción de la literatura como comunicación, se encuentra la atención especial que concede Francisco Ayala a la

importancia del receptor de cara a la comunicación literaria. Debemos incluir a este autor como uno de los primeros estudiosos españoles que otorgaron en fechas muy tempranas una justa atención hacia el receptor de las obras literarias.

Desde 1948, Francisco Ayala se ha venido preocupando por el receptor de la obra literaria, inquietud puesta de manifiesto desde el mismo título del artículo del citado año: "Para quién escribimos nosotros". Según Francisco Ayala (1948 pp. 182, 202-203), la configuración del mensaje en la obra literaria depende en gran medida del tipo de receptor en el que piense el autor.

En 1952 (Ayala, 1952), Ayala vuelve a incidir en este aspecto: la literatura requiere de los lectores (Ayala, 1952, pp. 206-207), ya que siempre "se escribe para alguien" (Ayala, 1952, p. 207).

En 1958 (Ayala, 1958) Francisco Ayala sigue mostrando su preocupación por la influencia que ejerce la sociedad en el escritor. Es necesario advertir que este estudio es una de las fuentes del excelente análisis sobre el receptor llevado a cabo por Ricardo Senabre (5). Es inevitable que insistamos en las fechas, ya que no ha de olvidarse que la primera difusión importante de las teorías de la recepción alemanas no llegó a nuestro país hasta 1971 (6), y éstas no tuvieron un éxito definitivo sino mucho más tarde (7).

En 1967, Francisco Ayala vuelve a recordar la importancia del lector en la obra literaria (1967, p. 142): "toda obra humana ha de tener un destinatario a quien comunicarle su sentido". Francisco Ayala también afirma aquí (Ayala, 1970, p. 24) que "el destinatario es indispensable a toda comunicación, un enunciado verbal que no estuviera dirigido a nadie carecería de sentido."

En un artículo de 1978, nos habla de la importancia del receptor como elemento que cierra el ciclo de la comunicación literaria (Ayala, 1978, p. 50).

Y, finalmente, en 1980 (Ayala, 1980), Francisco Ayala vuelve a mostrar la preocupación del autor por el receptor de las obras literarias (Ayala, 1980, p. 96).

Hemos de conceder a Francisco Ayala, pues, el honor de estar en la vanguardia de los estudiosos españoles de la teoría literaria en lo referente a su concepción de la literatura como comunicación, así como en lo que concierne a su defensa de la importancia del estudio del receptor y sus implicaciones en la estructura literaria. Sin embargo, pensamos que la mayor aportación del escritor granadino ha consistido, sobre todo, en poseer una diáfana visión del vínculo que mantienen estos aspectos prag-

máticos, más o menos externos, con la dimensión auténticamente textual de los mismos. El estudio capital sobre aspectos pragmático-sintácticos es el efectuado en 1970 (Ayala, 1970), con el título *Reflexiones sobre la estructura narrativa*, obra a la que seguirán aún ciertas matizaciones y explicaciones al respecto en años posteriores. Este librito destaca, ante todo, por una particular visión de la ficcionalidad. Para Francisco Ayala, la obra literaria no sólo es *mímesis* de hechos externos, sino que en ella se ficcionalizan también los miembros del proceso de enunciación y recepción (8). En términos de teoría literaria actual, esto nos hace llegar a pensar que, aunque la ficcionalidad tiene una raigambre eminentemente semántica, el hecho de que las obras reproduzcan sintácticamente instancias pragmáticas convierte automáticamente a la ficcionalidad en un hecho también pragmático. Este matiz se explica si tenemos en cuenta las investigaciones realizadas por Tomás Albaladejo en el modelo lingüístico-textual de la TeSTWeST ampliada II (9). Siendo el componente pragmático base de los componentes de intensidad textual y de extensión textual, este componente pragmático queda reflejado en un componente de representación que constituye una reproducción formal—esto es, sintáctica—de aquél. Por lo tanto, la pragmática sintáctica puede definirse como la representación sintáctica de instancias pragmáticas extratextuales.

Así, para Francisco Ayala, en la obra literaria quedan ficcionalizados tanto el autor (Ayala, 1970, pp. 17-23 y 39-41) como el receptor (Ayala, 1970, pp. 24-28). Con esta teoría, Francisco Ayala vuelve a sentar unas sólidas bases para que, posteriormente, autores como José María Pozuelo (10) y Darío Villanueva (11) apliquen al pacto narrativo una tipología en la que se encuentran incluidas las principales categorías del proceso de enunciación-recepción. No será extraño encontrar esbozados en las reflexiones de Ayala conceptos como el de autor implícito, autor implícito representado, narratario, lector modelo, lector implícito, lector explícito, etc., que en la actualidad cuentan con el beneplácito de toda la crítica y que ponen aún más de relieve la importancia de las líneas escritas hace ya bastantes años por Ayala.

En el terreno de la enunciación, Francisco Ayala distingue, pues, entre el autor real y el autor ficcionalizado (Ayala, 1978, pp. 49, 51-52, 56). El lector avezado no ha de confundir estas dos categorías, aunque ambos tengan algunos rasgos en común, ya que son dos instancias distintas (Ayala, 1970, pp. 17-18, 18-21). El autor pasa, pues, del plano pragmático extratextual al plano sintáctico de la estructura (12). Ayala destacará, por ejemplo, el caso del seudónimo (Ayala, 1970, p. 23; 1978,

pp. 53-54) como evidencia de que esa ficcionalización se hace patente. Según Francisco Ayala (Ayala, 1970, p. 18), la ficcionalización del autor se produce incluso en las más primitivas narraciones naturales: todo emisor que relata un suceso tiende a atribuirse la acción de lo narrado y los receptores tienden a aceptar esa convención (13).

Pero Francisco Ayala nos brinda, además, una tipología en la que vemos distintas formas de ficcionalización por parte del emisor (Ayala, 1970, p. 21): el autor puede aparecer ficcionalizado como *alter ego* del emisor, esto es, como una ficcionalización directa de sí mismo; pero también puede ahondar esa ficcionalización y aparecer como personaje —protagonista o no— narrador; podrá también ocultarse en la impersonalidad, aunque imprimiendo siempre un punto de vista determinado al relato; por último, puede aparecer también como autor omnisciente que alza su voz divina por encima de los personajes. Ayala, además, nos advierte que ciertas partes estructurales de las obras literarias son más propensas que otras para que se produzca esa representación ficticia del emisor, como es el prólogo y el epílogo (para este último, sirva de ejemplo la *captatio benevolentiae* del final de una obra dramática).

Estas distinciones se dan también, paralelamente, en el terreno de la recepción, donde también se produce la ficcionalización del receptor, mediante la cual el plano de la recepción se incorpora a la estructura misma de la obra literaria (Ayala, 1970, p. 24). También se adentra Francisco Ayala premonitoriamente en la noción de “lector ideal” (Ayala, 1970, p. 25): el autor piensa en un lector modelo al escribir, y los lectores reales aceptamos esa convención y nos sumimos y asimilamos en ese modelo de recepción efectuado con vistas a esa instancia ideal.

En lo tocante a la tipología de las categorías de recepción, Francisco Ayala notaba, ya desde 1948, distintas instancias de recepción en las obras literarias, que iban desde el destinatario concreto hasta el receptor impersonal de los prólogos (1948, p. 203). Ayala volverá a distinguir varios tipos de receptores en 1952 (1952, p. 207), para, en su estudio capital, dar lugar a una tipología del receptor ficcionalizado (Ayala, 1970, p. 24) que incluye desde el receptor individualizado hasta el colectivo, desde el lector concreto al indeterminado y distinguiendo asimismo al destinatario del receptor. Además, Francisco Ayala advierte (Ayala, 1970, pp. 25-26), como lo hacía en el plano de la enunciación, que el receptor también puede no aparecer expresamente en la obra literaria. Como en el caso del ‘autor’, será en el prólogo (Ayala, 1970, p. 26) donde la ficcionalización del receptor se manifieste con una fuerza especial y donde el autor lo caracterice de “discreto”, “amantísimo”, etc. El

prólogo de las obras, de radical importancia en el Siglo de Oro, es una parte en la que el autor (un autor implícito que queda muy cerca del 'yo' del escritor) se une muy estrechamente al receptor, en forma de lector explícito. Ayala volverá todavía a tratar sobre la tipología del receptor en 1978 (Ayala, 1978, pp. 59-60).

Concluimos, pues, estos breves apuntes haciendo notar cómo, a lo largo de las líneas dedicadas por Francisco Ayala a ciertos aspectos teórico-literarios, podemos vernos continuamente sorprendidos por ideas totalmente actuales y que en esa época no contaron con demasiados seguidores. Pero eso no es todo. Creemos, además, que hoy en día no se ha hecho suficiente hincapié en la importancia de los estudios de este autor en terrenos hoy cultivados por innumerables críticos. Por eso pensamos que ya va siendo hora de tener presente que Francisco Ayala ha sabido estar en la vanguardia de la teoría literaria española y reconocer, además, que ha sido uno de los cimientos decisivos para que otros muchos autores profundizasen en sus ideas y fuesen añadiendo pisos a esa teoría literaria actual, que está cada día más cerca de alcanzar la crítica total.